

El cuestionable futuro de los Estados Unidos

EN sólo dos años hemos visto caer un coloso histórico, la URSS, cuyos pies eran de barro. Pero a medida que se calma el estrépito del derrumbamiento, los análisis van mostrando cada vez con mayor claridad que los males de la URSS eran ya antiguos, y que lo que se ha venido abajo era una cáscara sin contenido.

Este contraste entre la carcoma y la intacta apariencia exterior sugiere que en la otra superpotencia, victoriosa, tampoco sea oro todo lo que reluce.

No es la analogía, con todo, lo que nos mueve a fijarnos tan insólitamente en los Estados Unidos. Son los alarmantes datos de decadencia que dentro de la plural e inmensa democracia se van poniendo al descubierto sin recato.

Tapada hasta hace muy poco por la cobertura ideológica del comunismo, la nueva correlación de fuerzas mundiales adelanta ya, de forma eruptiva e incontenible, la problemática del siglo XXI, es decir, básicamente, la «revolución de color», que ya intuían Spengler y Toynbee como sucesora a gigantesca escala de la «revolución blanca» del siglo XIX. Prodigiosos avances tecnológicos de una parte y espantosas situaciones sociales de otra, se enfrentan ya cara a cara arrojando el principio de un dramático siglo XXI.

Frente a este panorama —no inevitablemente catastrofista— es de suprema importancia que los poderes con mayor capacidad decisoria se sustenten con aplomo para sugerir y encauzar soluciones a tan enormes problemas. ¿Están los Estados Unidos, a quienes se supone la máxima capacidad estabilizadora, en condiciones de tranquilizar los procesos mundiales o, por el contrario, van a constituirse ellos mismos en problema? Hay serios indicios de duda.

Coloso con pies de barro

EL alarde de la guerra del Golfo demuestra a primera vista que los Estados Unidos no improvisaron. El medio millón de soldados, el preciso entrenamiento, la sofisticación inaudita de sus armas, la pericia estratégica y táctica, tenían tras de sí un esfuerzo colosal de los centros especializados y de las universidades y una enorme suma de inversiones previas en todos los campos, ciencia, industria, teconología, educación, que hunden sus raíces en un pasado de casi medio siglo.

Pero esta brillantez actual fuera de duda no engaña a los esspíritus clarividentes. Todo incita a pensar que dentro de diez años los Estados Unidos ya no podrían ejercer esta demostración de poder. El enorme déficit, la recesión económica persistente, y sobre todo, los tremendos defectos estructurales, están inyectando debilidad a marchas forzadas en la sociedad americana.

Ni el déficit ni la creciente difusión de poder, sin embargo, van a hacer peligrar el liderazgo americano en el mundo. La sociedad americana corre peligro de desintegrarse progresivamente por sus diferencias en el «status» económico, por su caótico y deficiente sistema educativo y por la irresponsabilidad de los políticos en la percepción de los grandes problemas y su cobardía al afrontarlos. No son estos problemas tan nuevos e insólitos que de algún modo no se hayan vislumbrado en los años pasados. Pero sólo ahora se comienza a evaluar su alarmante magnitud.

En efecto, durante la postguerra, desde 1945 —edad de oro de los EE.UU.—, la capacidad productiva de la «american way of life» impulsó enormes realizaciones. Se crearon diez millones de puestos de trabajo; se incorporaron con éxito a la sociedad decenas de millones de emigrantes (nueve millones sólo durante la década de los 80); talentos extranjeros ávidos de saber y de «aprender-a-saber», quedaron prendidos en la trampa de los bien dotados centros de investigación que pronto hicieron historia en la medicina, en la tecnología puntera y en otras ciencias; y aún sobraron recursos para ayudar a la reconstrucción de Europa y del Japón y para mantener una presencia militar activa en todo el mundo. Tan sólo la derrota relativa de Vietnam vino a recordar a la orgullosa nación, como en los «triumfos» romanos, un punzante «memento homo...!» que tardó en cicatrizar.

***PERO** los últimos años, las bases de este prodigioso desarrollo se han descuidado insensiblemente. Las inversiones en programas de futuro se han hecho más lentas; se han soslayado las decisiones impopulares que incidían en la necesidad de mayor colaboración social, es decir, subida de impuestos; se ha ido permitiendo el aumento del déficit público, que de no ser reducido muy pronto recaerá inexorablemente sobre la generación joven y aun sobre la actual, que experimenta ya, sumergida en recesión, la pérdida de trabajo y reducción de su poder adquisitivo.*

Quiebras enormes se experimentan en el terreno de la educación. Para empezar, uno de cada cinco niños americanos vive en la pobreza, casi siempre solo con la madre, y se educa en la selva de la calle, no pocas veces para el crimen y la degradación moral. Pero es que asimismo, del resto de la población infantil entre los tres y cinco años, tan sólo un tercio privilegiado recibe acogida preescolar. En primaria y secundaria, los escolares americanos, comparados a los europeos e incluso a los asiáticos, trabajan poco y mal. Frente al curso escolar de Alemania —230 días al año, o de Japón 240—, el promedio americano de 180 días es enervante y flojo. El estudiante sale de la «public school» impreparado

para cualquier actividad profesional y, como es lógico, bajo en rendimientos.

Hace unos años, este problema hubiera tenido solución. Hoy ya no es tan fácil, porque la economía global del mundo impone que los trabajos menos cualificados se realicen fuera de los Estados Unidos, sobre todo en Asia, donde los salarios no admiten competencia; y los puestos que piden mayor preparación quedan reservados a grupos menores o a inaccesibles minorías universitarias. El resultado es que en la población se ensanche el hueco entre los hábiles y los torpes, y que en esta infrutilización de recursos humanos se esté operando una descapitalización nacional sin precedentes, «como si el 15 por 100 de la masa forestal de los EE.UU. se hubiera quemado», comparaba un analista.

Por si fuera poco, la **inmigración**, legal o ilegal, acrecienta inexorablemente en la sociedad americana una pluralidad racial y lingüística pobre y mal integrada. A lo largo de los próximos diez años, **más de la mitad** del acceso al trabajo de los Estados Unidos estará compuesto por estos hispánicos, negros y asiáticos, a los que, con una miopía increíble, se les deja en su ignorancia cerrándoles el paso hacia las estructuras cualitativas a las que tendrían natural derecho.

La falta de vivienda y de protección de la familia, la insuficiente seguridad social, el crimen, la droga, completan un retrato sombrío de la sociedad americana que tanto el partido republicano en el poder como la oposición demócrata comienzan a considerar un verdadero obstáculo al liderazgo americano del futuro.

La ceguera de los políticos

EL cine nos ha transmitido mil veces la apología del político sencillo, elegido por «su» pueblo, honrado y cercano a los intereses concretos de sus electores, frente a los politikeos estériles de los profesionales. Hoy día, en un mundo intercomunicado a todas las escalas, este tipo de político ingenuo, a lo Gary Cooper, ha quedado en

caricatura, al reflejar solamente el espíritu chato de la política de campanario.

A los políticos americanos actuales no les son desconocidos los males que acabamos de enunciar, pero quizá si su profundidad y trascendencia. Su remedio implicaría la petición de fuertes sacrificios a los electores. Pero la ambición personal puede más que los intereses de estado. De esta forma, la política americana actual, a todos los niveles, consiste menos en ofrecer al pueblo hondos planes de futuro en los que la responsabilidad de gobernantes y gobernados quede implicada que en mostrar un escaparate de beneficios inmediatos para que se elija la mejor ganga.

La desaparición del comunismo, visceralmente odiado, contra el que se habían podido movilizar tantas energías, ha dejado a los Estados Unidos, de momento, como si hubieran perdido toda finalidad. Esto es lo que delata, a su pesar, el discurso sobre el Estado de la Nación, del presidente Bush (28 de enero), que en su momento pasó casi desapercibido y debe ser leído desde las enfermas entrañas del país. Envueltas en vacua retórica, se palpan la angustia económica y los problemas sociales que el presidente «quisiera» aliviar. Nueve ampulosos proyectos de mejora del país a largo plazo indican las lejanas metas que habría que conseguir para mantener el sueño americano. Pero Bush no valora crudamente la situación actual, ni tampoco se atreve a apelar a la responsabilidad entera de la nación, incluso con el sacrificio de su carrera política si fuera necesario, que hiciera creíble un programa que debería haber sido planteado como de «sangre, sudor y lágrimas».

Los Estados Unidos ya no son modelo

LA pretensión de seguir liderando al mundo, que el presidente Bush recalca como el objetivo nacional, es arma de dos filos para todos nosotros y para los mismos Estados Unidos. **Para nosotros**, porque a pesar de sus graves carencias, siguen siendo la única superpotencia, y

su comportamiento, no pocas veces claramente irresponsable y egoísta, modifica —por la fuerza de las cifras económicas y de la capacidad de veto político— las conductas y comportamientos de los demás países. **Para ellos mismos,** porque jamás podrá impulsar el «Nuevo Orden» una nación rica edificada sobre la miseria insultante y la discriminación real de las minorías incultas, y sobre la irresponsabilidad de arrojar sobre los hijos la herencia de las deudas paternas.

En su no muy larga historia, los Estados Unidos se han creado un espejo mágico en el que narcisistamente se admiran. Ya no hay motivos para esa vanidad. Pero es poco probable, pese a todo, que se vengn abajo como le ha ocurrido a su contrincante. Aun así, conviene que se vayan dando cuenta de que ni su sistema socio-político, ni la forma en que generalmente ejercen su poder son ya un modelo apetecible.